Alejandro Pérez

Simiatug

una mirada distinta a la educación

Un recorrido de 57 kilómetros separa Simiatug de Ambato. En el trayecto se aprecia la grandeza de los Andes ecuatorianos, pero también se siente el agudo frío de este lugar ubicado sobre los 4.000 metros de altura. Grandes y chicos llevan ponchos y bufandas, mientras realizan sus labores habituales. Los habitantes caminan o montan a caballo o burro, ya que es la forma común de cómo se transportan a diversos lugares. Los buses y automóviles son escasos, en parte porque las carreteras no son las más propicias, mucho menos cuando llueve demasiado y el camino se daña. Pero allí está la Universidad. ¿Quién diría?

Hace más de 30 años llegó el padre Sandro Chiecca y se dispuso a ayudar al pueblo. Construyó una iglesia junto al viejo templo católico construido en la colonia, del cual ahora sólo queda la fachada principal de lo que alguna vez fue una imponente iglesia. Convencido de que la educación puede transformar la sociedad, el padre se encargó de hacer las gestiones para llevar la Universidad al páramo. Su objetivo era brindar un servicio de educación superior a los indígenas que terminaban el colegio y no podían salir a las grandes ciudades a seguir preparándose.

Ahora, en medio de un pequeño y silencioso pueblo, donde apenas se escuchan los sonidos de una radio encendida, 21 habitantes de Simiatug y varios estudiantes de las provincias de Bolívar, Cotopaxi y Tungurahua reciben las cátedras de la Carrera de Educación Intercultural Bilingüe (EIB) de la UPS.

En la clase, llama la atención los ponchos y chalinas de colores vivos, las bufandas, los anacos, los sombreros y las gruesas medias de colores opacos que usan las mujeres indígenas, también sus aretes y collares, aunque algunas han cambiado su vestimenta tradicional por jeans y zapatos de taco. Los hombres a su vez, usan con menor frecuencia ponchos y sombreros.

Este es el ambiente de los estudiantes que los fines de semana, cada 15 días, llegan a Simiatug desde diferentes lugares del páramo, para prepararse como futuros docentes de los niños.

Pasar casi todo el fin de semana recibiendo clases puede resultar aburrido, por ello, las clases no solamente son teóricas, sino que se aplican a un sinnúmero de actividades que los estudiantes realizan para comprender cómo y de qué se trata la Carrera.

María Azogue ingresó a estudiar la carrera de EIB hace casi cuatro años –ahora está cursando su octavo y último semestre– y nos dice; "no sabía muy bien de lo que se trataba la Carrera". Pero hoy, sabe que está preparándose para trabajar en los procesos educativos con niños, especialmente de las comunidades indígenas. Y esto lo comprendió con las explicaciones teórico-prácticas de sus profesores y profesoras. De hecho, lo que más le gustó y le gusta son las aplicaciones de esos conocimientos llevados a proyectos, como la construcción de huertos escolares o las prácticas que ha realizado en las escuelitas de las comunidades aledañas. María sugiere que "haciendo la práctica se aprende". Su objetivo es ser una maestra innovadora que pueda adaptar "las materias a las necesidades de los niños y no simplemente dar las materias sin pensar". Aclara que la clave es la innovación, la preparación de actividades distintas para que los niños no se cansen ni se aburran en el proceso de aprendizaje.

No obstante, la experiencia no solo se reduce a los páramos. El año anterior, en una gira de observación a un centro educativo intercultural de la provincia del Puyo, los estudiantes universitarios evidenciaron las diferencias de los procesos de educación. Luis Tixilema, presidente del curso, comenta que le sorprendió ver cómo "los niños de esa escuelita del Oriente eran dinámicos y respondían a todas las preguntas de los maestros, mientras que en los páramos no ocurre lo mismo, pues tienen miedo o no sé qué cosa les impide y retrasa la educación"; mientras sus compañeros lo escuchan y se preguntan por qué pasa eso.

Alejandro Pérez

Simiatug

una mirada distinta a la educación

Un recorrido de 57 kilómetros separa Simiatug de Ambato. En el trayecto se aprecia la grandeza de los Andes ecuatorianos, pero también se siente el agudo frío de este lugar ubicado sobre los 4.000 metros de altura. Grandes y chicos llevan ponchos y bufandas, mientras realizan sus labores habituales. Los habitantes caminan o montan a caballo o burro, ya que es la forma común de cómo se transportan a diversos lugares. Los buses y automóviles son escasos, en parte porque las carreteras no son las más propicias, mucho menos cuando llueve demasiado y el camino se daña. Pero allí está la Universidad. ¿Quién diría?

Hace más de 30 años llegó el padre Sandro Chiecca y se dispuso a ayudar al pueblo. Construyó una iglesia junto al viejo templo católico construido en la colonia, del cual ahora sólo queda la fachada principal de lo que alguna vez fue una imponente iglesia. Convencido de que la educación puede transformar la sociedad, el padre se encargó de hacer las gestiones para llevar la Universidad al páramo. Su objetivo era brindar un servicio de educación superior a los indígenas que terminaban el colegio y no podían salir a las grandes ciudades a seguir preparándose.

Ahora, en medio de un pequeño y silencioso pueblo, donde apenas se escuchan los sonidos de una radio encendida, 21 habitantes de Simiatug y varios estudiantes de las provincias de Bolívar, Cotopaxi y Tungurahua reciben las cátedras de la Carrera de Educación Intercultural Bilingüe (EIB) de la UPS.

En la clase, llama la atención los ponchos y chalinas de colores vivos, las bufandas, los anacos, los sombreros y las gruesas medias de colores opacos que usan las mujeres indígenas, también sus aretes y collares, aunque algunas han cambiado su vestimenta tradicional por jeans y zapatos de taco. Los hombres a su vez, usan con menor frecuencia ponchos y sombreros.

Este es el ambiente de los estudiantes que los fines de semana, cada 15 días, llegan a Simiatug desde diferentes lugares del páramo, para prepararse como futuros docentes de los niños.

Pasar casi todo el fin de semana recibiendo clases puede resultar aburrido, por ello, las clases no solamente son teóricas, sino que se aplican a un sinnúmero de actividades que los estudiantes realizan para comprender cómo y de qué se trata la Carrera.

María Azogue ingresó a estudiar la carrera de EIB hace casi cuatro años –ahora está cursando su octavo y último semestre– y nos dice; "no sabía muy bien de lo que se trataba la Carrera". Pero hoy, sabe que está preparándose para trabajar en los procesos educativos con niños, especialmente de las comunidades indígenas. Y esto lo comprendió con las explicaciones teórico-prácticas de sus profesores y profesoras. De hecho, lo que más le gustó y le gusta son las aplicaciones de esos conocimientos llevados a proyectos, como la construcción de huertos escolares o las prácticas que ha realizado en las escuelitas de las comunidades aledañas. María sugiere que "haciendo la práctica se aprende". Su objetivo es ser una maestra innovadora que pueda adaptar "las materias a las necesidades de los niños y no simplemente dar las materias sin pensar". Aclara que la clave es la innovación, la preparación de actividades distintas para que los niños no se cansen ni se aburran en el proceso de aprendizaje.

No obstante, la experiencia no solo se reduce a los páramos. El año anterior, en una gira de observación a un centro educativo intercultural de la provincia del Puyo, los estudiantes universitarios evidenciaron las diferencias de los procesos de educación. Luis Tixilema, presidente del curso, comenta que le sorprendió ver cómo "los niños de esa escuelita del Oriente eran dinámicos y respondían a todas las preguntas de los maestros, mientras que en los páramos no ocurre lo mismo, pues tienen miedo o no sé qué cosa les impide y retrasa la educación"; mientras sus compañeros lo escuchan y se preguntan por qué pasa eso.

> Llegar a Simiatug, un pequeño pueblo escondido entre las montañas, es abrir una puerta para conocer los páramos andinos y su mundo interno. ¿Quién diría que este lejano sitio de la provincia de Bolívar estuviera tan cercano a la Universidad?

Ilda Chimborazo intenta dar una respuesta. Dice que a los niños del páramo, les educaron de una manera injusta, porque los maestros no les daban lugar para preguntar. El maestro era la última verdad y ni siquiera comprendía la realidad de los pueblos indígenas, negándoles toda oportunidad. "Por eso nosotros hemos crecido callados, con miedo de decir las cosas para que no nos ofendan por lo que decimos", argumenta esta señora que tiene ocho hijos y piensa que su educación servirá para cambiar las cosas.

Para los docentes de la UPS enseñar en los páramos "resulta una experiencia enriquecedora, donde se aprende cada día", relata Alejandra Gonzales, encargada de las materias relacionadas a la Psicología; asegura que no es lo mismo dictar clases en la ciudad que en el campo, con estudiantes indígenas que son jóvenes y adultos de entre 20 y 40 años. En el campo no se puede enseñar al mismo ritmo que en la ciudad; además se crean otras relaciones donde se enseña pero también se aprende del otro, de la otra cultura, en un proceso intercultural. Alejandra se vinculó por casualidad a este proyecto cuando egresó de la Universidad. Estudió Psicología Social y fue la primera graduada de esta Carrera en la UPS; afirma que el enfoque de la carrera es lo que la motivó al trabajo con las comunidades y sectores que han sido históricamente marginados.

Justamente es el propósito de este proyecto llamado Programa Académico Cotopaxi (PAC), el cual surge por la necesidad de brindar un servicio de educación superior a los indígenas de Ecuador, el cual lleva la Universidad hasta donde ellos están, con un modelo semipresencial que se adecua a sus condiciones. Así, uno de los objetivos del PAC es formar, capacitar y profesionalizar docentes identificados con la realidad socioeconómica, política y cultural de las nacionalidades indígenas, que dominen los conocimientos y técnicas en los campos educativo y productivo del proyecto histórico de los pueblos. Esta propuesta va dejando su huella en seis puntos focales del país: Simiatug, Latacunga, Riobamba, Otavalo, Cayambe y Wasakentsa (Amazonía).

La Hermana Elena Tinitana es la encargada de la coordinación del PAC en Simiatug. Ella verifica las listas, los pagos, la llegada de los profesores y estudiantes, así como la comunicación con la UPS (Quito) donde están las oficinas de la Carrera. Reconoce que la tarea no es fácil. Recuerda sonriendo que una vez planificaron un taller de computación para los estudiantes "y desgraciadamente se fue la luz. Rogando a Dios tuvimos electricidad en la tarde y se pudo hacer la mitad del taller".

Las condiciones geográficas son un gran obstáculo, pues muchas veces con las lluvias los caminos se deterioran y las comunicaciones son toda una odisea. "Hoy en día con el celular es un poco más fácil" –dice la Hermana–, pero hay lugares donde no hay cobertura. En esos casos se recurre a la radio comunitaria para informar sobre trabajos, reuniones, etc. Y si no funciona ni el celular ni la radio, añade, "toca hacer de Chasqui". Esos son algunos de los obstáculos que atraviesa la Universidad en el páramo, que a Simiatug llegó en el 2005. Hubo ya una primera promoción de la cual hay 40 egresados a quienes les falta solo la realización de la tesis. Ahora son 21 personas cursando su último semestre, a muy poco tiempo de ser licenciados.

Jaime Torres, docente de la UPS, fue uno de los inauguradores del PAC en este sector. Para él, "las cosas no han cambiado mucho. Si hablamos de infraestructura, lo que ha cambiado es la mitad del camino Ambato-Simiatug, que ahora es asfaltado, pero el resto sigue igual" afirma.

Hay nuevas construcciones de cemento que van remplazando al barro, pero el pueblo aun mantiene ese hermetismo que lo encierra en las montañas. Es silencioso, de colores muy opacos y desgastados, como si las casas hubieran sido pintadas hace un siglo, contrastando con los pocos

edificios de 3 o 4 pisos que destacan sobre los techos de teja y zinc. Las calles aun son de tierra, solamente las que rodean al parque y la iglesia, se encuentran adoquinadas; el resto se mantiene muy similar al día cuando llegó el Padre Sandro a construir la nueva iglesia.

El ambiente es reacio en invierno pues cae una intensa neblina que cubre las verdes montañas que rodean al pueblo, envolviéndolo en una esfera de incertidumbre; a lo lejos se escuchan los sonidos de una moto, de unos hombres trabajando con metal y de un perro que le ladra a la neblina. Pero en verano, el verde de los paisajes está en su máximo esplendor y el viento sopla fuerte, moviendo los árboles y arrebatando los sombreros a la gente. Al caer la noche el firmamento se pinta de naranja y desaparece en los pronunciados picos de las montañas. El día que el pueblo se llena de colores y sonidos es cada miércoles, día de feria. Allí acuden un sinnúmero de personas a vender o intercambiar sus productos agrícolas y sus animales.

La pobreza todavía está muy marcada. Los habitantes indígenas, en su mayoría, sobreviven con lo poco que producen. Por eso, para muchos no es fácil estudiar. No hay centros de educación a los cuales puedan tener acceso fácilmente, aun sabiendo que la educación en Ecuador es un derecho para todos.

Así, el PAC se convierte, no en una forma de asistencialismo a los pobres, sino en una oferta de servicio que busca cambiar las relaciones injustas que se han construido históricamente. Esas relaciones de desigualdad que ubicaron al blanco sobre el indio o el negro, negándoles sus derechos. La construcción de relaciones diferentes es lo que motiva a Jaime Torres a seguir en este proyecto que busca "relaciones interpersonales, de intercambio, de reciprocidad, de solidaridad, donde podamos desaprender las relaciones injustas y aprender otras que transformen la sociedad, para bien". Hay que entender que no se trata de una mirada tierna de compasión o asistencialismo, se trata de que todos (indios, blancos, mestizos, negros) cuestionemos y cambiemos lo que hacemos para aprovecharnos del otro.